

## Del *beaux-arts* al neologismo

### Breve ensayo sobre la tendencia pendular en la enseñanza del proyecto arquitectónico en Uruguay

From *beaux-arts* to neologism: Brief essay on the pendular tendency in the teaching of the architectural project in Uruguay

**Jorge Nudelman**

Universidad de la República, Uruguay

#### Abstract

On a quick tour of the history of the Faculty of Architecture of the Uruguayan university since its creation in 1915, we analyze the trends and disciplinary emphasis that professionals, students and professors have given it alternately. As a result of the respective positions these groups have taken, the trends they have defended, and the politics of alliances between these corporations, the faculty has moved from the polytechnic models of the Faculty of Mathematics, the modern trend of the *beaux-arts* tradition at the beginning of the century, an affirmation of the technical and productive role in the 1930s, the dilution of architecture in the urbanism of the fifties, and a reaffirmation of the project as an architectural synecdoche in recent times. It ends by discussing the current situation in which history and architecture theory are re-attacked in their disciplinary autonomy.

#### Resumen

En un rápido recorrido de la historia de la Facultad de Arquitectura de la universidad uruguaya desde su creación en 1915, se analizan las tendencias y los énfasis disciplinares que le han dado alternativamente a sus planes de estudio los profesionales, los estudiantes y los profesores. Fruto de las respectivas posiciones que estos grupos han tomado, de las tendencias que han defendido, y de la política de alianzas entre estas corporaciones, la facultad ha transitado de los modelos politécnicos de la Facultad de Matemáticas, la tendencia moderna de la tradición *beaux-arts* a principio del siglo, una afirmación del rol técnico y productivo en la década de 1930, la dilución de la arquitectura en el urbanismo de los años cincuenta, y una reafirmación del proyecto como sinécdoque de la arquitectura en los últimos tiempos. Se finaliza discutiendo la situación actual en la que la historia y la teoría de la arquitectura vuelven a ser atacadas en su autonomía disciplinar.

Key words: teaching - architecture - urban planning - project - politics

Palabras clave: enseñanza - arquitectura - urbanismo - proyecto - política

A principios de la década de 1890, los estudios de arquitectura en Uruguay se dictaban dentro de la Facultad de Matemáticas, donde el peso específico estaba, sin duda, en la ingeniería. Cuando Joseph Paul Carré fue contratado en la primera década del siglo XX para hacerse cargo de la entonces insatisfactoria –a juicio del gobierno uruguayo– enseñanza del arte de proyectar, la arquitectura era un apéndice de esa escuela politécnica de varias ramas, en la que débilmente se había instalado como una especialidad. Era relativamente frecuente encontrar ingenieros que también ostentaban otros títulos, como el de arquitecto (Copetti, 1949), que se lograba con un pequeño esfuerzo suplementario. A partir de esta situación se fueron sumando una serie de asignaturas que delinearon con más precisión la “Arquitectura” como disciplina (Petit, 2015). Se atribuye popularmente a la llegada del maestro Carré el impulso hacia una concepción de la enseñanza de la arquitectura como una enseñanza del arte del proyecto, aunque este término, como bien precisa Gonzalo Bustillo (Bustillo y Muñoz, 2020), ya estaba instalado. Lo que es posible entender como una convergencia significativa es la presencia del maestro francés con la separación de las facultades de Ingeniería y de Arquitectura, en 1915.

El plan de estudios de la nueva facultad de arquitectura de 1916, ajustado en 1918, fue la expresión más moderna que podía concebirse a partir de la rama racionalista de *beaux-arts* importada por Carré (Medero y Nudelman, 2019), aunque no difería mucho de la ya instalada, idéntica al modelo politécnico alemán, según Bustillo. Incluyó pronto la enseñanza del urbanismo, bajo el título de “Trazado de Ciudades y Arquitectura Paisajista”.

Esta orientación en la enseñanza no parece sufrir demasiadas alteraciones, aunque a fines de la década de los veinte se hicieron sentir algunas críticas centradas en los problemas que generaba la enseñanza “preparatoria”, o sea aquella recibida en los años previos al ingreso de los estudiantes a la carrera. Las alternativas de la formación previa esperada

fluctuaban desde las ciencias básicas, como la matemática, la física o la geometría, hasta el dibujo y la formación teórica. La discusión se complicaba por el fondo político de atribución de roles; específicamente, por el debate en torno a si la enseñanza preuniversitaria debía garantizar la formación propedéutica o ser solo de “cultura general”.

A pesar de que el desgajamiento de la enseñanza secundaria de la universidad no se formalizaría sino hasta 1935, en la dictadura de Gabriel Terra, el problema de la formación previa a la facultad, o más bien, la coordinación y el criterio de valores que primaban, sería una fuente permanente de discreto conflicto.

### Más producción

En 1930 el estudiante Carlos Lussich publicó una serie de artículos sobre la enseñanza de la arquitectura en la sección que el Centro de Estudiantes tenía reservada en la revista *Arquitectura*. Concluía en el penúltimo: “yo les opongo (...) MÁS construcción, MÁS cálculo de cemento armado y un concepto filosófico del arte un poco MÁS definido que el actual” (p. 186).<sup>1</sup> Su problema, en ese momento, era el remanente inorgánico de contenidos de matemática y geometría de los planes anteriores a la desaparición de la Facultad de Matemáticas. No expresaba críticas a la enseñanza del proyecto; de hecho, afirma que desde 1906 no hay grandes cambios, ni siquiera en 1918. Y para que no se entusiasme el lector por una presunta “modernización” de la arquitectura, aplaude la reorganización de Composición Decorativa en 1928, que veinte años después se convertiría en la materia con el aura más oscura, blanco de toda la artillería modernizadora. Pero nótese la insistencia en lo que podría calificarse como un programa alternativo: “afirmo la necesidad de ampliar los conocimientos técnicos y desarrollar los filosóficos concernientes al arte; (...) propongo en mi proyecto [de plan de estudios] el aumento de un año de Teoría de la Arquitectura, un año de Cálculo, un año de Construcción y un año de Filosofía del Arte...” (Lussich, 1931, p. 187). Finalmente

frustrado su esfuerzo, Lussich publicaría – ya en la revista homónima del Centro de Estudiantes de Arquitectura, *CEDA*, publicada a partir de 1932– un epílogo tragicómico: la receta de “Merluza con salsa verde” (Lussich, 1934). Veremos que pocos años más tarde, de la mano de los profesionales, muchas de las ideas de Lussich se concretarían, seguramente debido a su militancia en la Sociedad de Arquitectos después de egresado.

Al año de la visita de Le Corbusier, no se lee ninguna queja sobre los estilos, sobre la supuestamente arcaica academia. De hecho, el propio Le Corbusier elogió la enseñanza de la arquitectura en Montevideo que había visto en 1929, probablemente rememorada por la pasantía que Carlos Gómez Gavazzo hizo en su atelier a fines de 1933: “quiero hacer constar, los merecidos elogios que tuvo [Le Corbusier], para la capacidad pedagógica, y el sano criterio arquitectónico, de nuestro actual profesor de 4° y 5° año de Arquitectura: Arquitecto José P. Carré” (Nudelman, 2015,

p. 59). Le Corbusier escribiría pocos años después:

Trato (...) de formarme una opinión sobre las diversas enseñanzas: Francia, Alemania, Italia, España, Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rusia, Holanda, Bélgica, Polonia, Escandinavia, Uruguay, Grecia, etc. El academismo está arraigado por doquier. (...) Empero, los holandeses están relativamente liberados. Los checos creen en “lo moderno” y también los polacos. Los uruguayos están a la vanguardia... (1937)

No es, pues, un problema “formal” la enseñanza académica de proyectos en la facultad de aquellos años, cuestión que se evidencia en las publicaciones de proyectos académicos que aparecían en *Arquitectura*. La cuestión que el estudiante Lussich plantea, sin duda, es cómo los arquitectos se podían erigir en una referencia confiable en el mundo productivo.

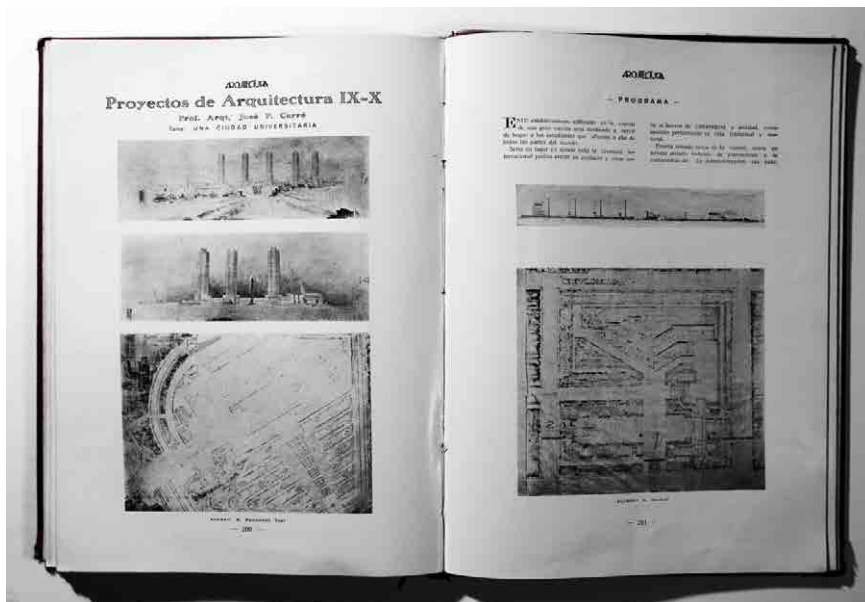


Figura 1. “Una ciudad universitaria”, trabajo de Proyectos de Arquitectura IX-X dirigido por José P. Carré. A la izquierda, trabajo de Román Fresnedo, con rascacielos de aproximadamente 50 pisos. Publicado en *Arquitectura* en octubre de 1929, el mes anterior a la visita de Le Corbusier.

### Producción, profesión, capital

Pocos años después del golpe de estado de Gabriel Terra, en 1933, se produce una oportunidad de cambio en el contexto, aparentemente paradójica, de un ataque a la universidad. Los intentos de limitación de la autonomía que la universidad pública disfrutaba desde 1908, con la ley terrista de marzo de 1934, abrieron la discusión sobre el plan de estudios en la Facultad de Arquitectura, que desembocaría en el plan de 1937. La ley que cercenaba, entre otras cosas, la libertad de elección de los decanos e imponía el rector desde el gobierno, le daba, por otro lado, atribuciones para discutir las modificaciones de los planes de estudio de las facultades. Estos fueron justamente los artículos más debatidos en la sesión del cinco de marzo del Consejo Directivo de la facultad.<sup>2</sup> La ley se había aprobado apenas tres días antes. En paralelo a la enorme discusión sobre el ataque a la autonomía que se daba en la universidad, descrita en un texto ya clásico (Oddone y Paris, 1971), en el que no se detecta una unanimidad antidictatorial,<sup>3</sup> los arquitectos vieron una oportunidad en su artículo décimo. Así, con una autonomía apenas suficiente para producir sus propios planes de estudio, se inclinaron por una profesionalización que incluyera el campo de la construcción, donde los “maestros de obras” ya habían sido relegados a un papel de expertos artesanos, casi ilegal, pero que los ingenieros daban por sentado les correspondía por tradición politécnica. La fuerte ofensiva para acaparar el proyecto como atribución disciplinar, que provocaría varios episodios de celos profesionales contra los ingenieros, bien ilustradas por las dramáticas polémicas en torno al proyecto de la facultad de ingeniería de Julio Vilamajó (Scheps, 2008), lleva en la retaguardia numerosos arquitectos que también apetecían el espacio técnico de la industria de la construcción. El movimiento se apoyaba en una activa Sala de Profesionales, la asamblea de egresados, que discutía los temas del cogobierno universitario para delegar en los consejeros correspondientes sus opiniones previamente discutidas, como

también lo hacían la Sala de Profesores y la Sala de Estudiantes.

Es así que el 11 de marzo de 1935 el vocal del Consejo Directivo Luis Nunes, apoyado por Julio Bauzá, se quejaba amargamente frente al Consejo Directivo de la Facultad de Arquitectura de que la gran cantidad de entregas de Proyectos y Composición Decorativa (veintidós ejercicios largos y diez esquicios; estos últimos eran ejercicios cortos obligatorios) hacía virtualmente imposible desarrollar el “nuevo plan de construcción”.<sup>4</sup> El tiempo disponible por los estudiantes para encarar la disciplina técnica era escaso y eso era achacable al exceso de entregas. Luis Nunes fue uno de los promotores, siendo delegado por los estudiantes al consejo, de la creación del Instituto de la Construcción de Edificios en 1949, y del curso de “practicantado” al final de la carrera, que llevaría por fin a los estudiantes a la obra, pero que aún demoraría diez años más en consolidarse.

El impulso de 1934 llevaría al plan del 37. Este plan, que no ha recibido la atención debida ni siquiera por los textos específicos sobre enseñanza del proyecto (Apolo, Alemán y Kelbauskas, 2006), organizaba, con bastante inteligencia, una serie de asignaturas de duración anual, complementadas con algunas semestrales. La duración de la carrera se establecía en cinco años, y los cursos de proyecto no se reducían: cinco anuales (lo que implicaba varias entregas en cada curso) y cinco semestrales de composición decorativa, con sus respectivas entregas. A estos se le agregaban los cursos de urbanismo, uno semestral, teórico, y uno anual, teórico-práctico, con más entregas. Entre ellos y casi desapercibidamente, el curso de “proyecto de construcción” ya iba insinuando el proyecto final, de carácter profesional, llamado popularmente “carpeta”.

La pretensión de los ideólogos del plan de 1937 fue reforzar la profesión, expandiendo los atributos del arquitecto a la industria y a la inocentemente nombrada –y reivindicada– “especulación”, el negocio capitalista de fabricación y venta de viviendas. El nuevo plan

no fue el único paso hacia el progreso de la profesión; en esos mismos años se crean los primeros institutos de la facultad, el Instituto de Urbanismo y el de Arqueología Americana, después rebautizado Instituto de Historia de la Arquitectura.

Pero no fue suficiente, el debate se reedita casi diez años después. Julio Bauzá –que sería en breve el primer director del Instituto de la Construcción de Edificios– vuelve al asunto en un detallado informe sobre el curso de Materiales de Construcción y Ensayo dado en 1943, quejándose maliciosamente: “debo hacer notar al Sr. Decano que casi con la misma frecuencia que en los años anteriores los alumnos han faltado colectivamente con motivo de la entrega de proyectos de Arquitectura, con el consiguiente perjuicio para la enseñanza...”. Luis Nunes era, para ese entonces, el arquitecto delegado por los estudiantes (estos no tendrían representación directa en los órganos de cogobierno hasta 1958, con la Ley Orgánica de la Universidad), y Carlos Lussich, por los profesionales. Ninguno de ellos es recordado por la historia de la arquitectura uruguaya: ninguno tiene obra conocida. Las lamentaciones del área técnica de la facultad no deben apreciarse como algo anecdótico y aislado en la evolución de la cosa académica.

A fines de la década de los cuarenta se concretaba, afuera de la facultad, una de las transformaciones productivas claves en la industria de la construcción y la especulación inmobiliaria, con la aprobación de la Ley de Propiedad Horizontal, largamente reivindicada por los arquitectos. En Montevideo, ésta fue acompañada por la nueva ordenanza sobre *Normas de higiene para edificios según su destino* que, si bien no innovaba mucho respecto a la de 1927, parece estar previendo, con su discreta reformulación, el estallido de la construcción de vivienda en propiedad horizontal de las dos siguientes décadas. Se completaba el panorama con la Ley de Centros Poblados que, demasiado optimista en su intento de formalizar la urbanización especulativa, tuvo una escasísima incidencia en la corrección de los vicios de la expansión

de las manchas urbanas. El Instituto de la Construcción de Edificios (ICE) de la Facultad de Arquitectura nace simultáneamente, a fines de los cuarenta, gracias a la alianza estratégica de profesionales y estudiantes, lo que marca por exclusión el rumbo hacia una facultad de arquitectura más moderna, en el sentido productivo, mas no necesariamente estético, ni metodológico.

Los comienzos vacilantes del ICE se expresaron en “tiros y aflojes” por parte de los candidatos de la corporación docente y un sindicato de estudiantes que, en los años que siguieron al fin de la segunda guerra, ya habían generado un menú claro de reivindicaciones políticas, con una base ideológica que hacía necesaria la alianza con los sectores más “sucios de material” de la profesión (Nudelman, 2015). Probablemente sin consciencia del proyecto productivo que se consolidaba puertas afuera de la facultad, el CEDA miraba con simpatía los esfuerzos de los profesionales por “tecnificar” la ya demasiado “artística” profesión, acorde con los postulados ideológicos sostenidos en 1952, y cruelmente pragmáticos, en la implementación del plan en 1953 y los años sucesivos.

El urbanismo –y la técnica constructiva– parecían ser los medios para hacer más científico y objetivable lo que hasta ese momento todavía era considerado un oficio sentimental. Y ser “objetivo” era, por cierto, ser materialista y un aliado intrínseco del proletariado. Todo parecía propicio para el entendimiento de los sectores del capital vinculados a la industria de la construcción y aquellos que se ponían en el rol de intérpretes de las clases trabajadoras y de los postergados de la sociedad. Para unos, las leyes de la propiedad horizontal, largamente reivindicadas, como la intrusión en el campo de la ingeniería estructural, así como en la investigación sobre la prefabricación y la sistematización constructiva, eran las vías para ganar un lugar en la modernización capitalista uruguaya. Para los otros –los estudiantes organizados– la oportunidad de hablar de la lucha de clases que, en el Uruguay de las “vacas gordas”, se escurría en la siesta de la prosperidad. Desarrollar la industria

de la construcción era la oportunidad de lograr las reglas de juego de una sociedad capitalista moderna e integrarlas al debate arquitectónico. Ambos querían lo mismo: una arquitectura que asumiera su papel de producto económico, interpretada a su vez por los estudiantes como herramienta social, en momentos donde la crítica al positivismo no había hecho mella en la idea de progreso técnico, asumido por todos los actores como panacea.

### El urbanismo: meta-arquitectura en el "plan 52"

Lo cierto es que, más allá de las especulaciones que se puedan hacer sobre las relaciones entre profesionales interesados en el desarrollo capitalista de la arquitectura y estudiantes que se preocupaban por dar una respuesta académica a las desigualdades sociales, el plan de estudios de 1952 proponería una reducción notoria de los cursos de proyectos. De los seis cursos anuales y cuatro semestrales, el plan dejó cinco cursos anuales en los que se resolvía todo: los proyectos, el urbanismo y aquello que fuera proyectable. La composición decorativa, que tenía un sentido específico en el tratamiento del detalle y en la exploración formal de la apariencia simbólica de los objetos arquitectónicos, fue desterrada, al igual que la otrora añorada "Filosofía del arte". El retorno de la ideología internacional de una modernidad otra vez asentada en la técnica hacía inútil la estética.

Como signos de esos tiempos, en 1946 la revista de los estudiantes publica en el mismo número una conferencia de Hannes Meyer dada en México en 1938 (Meyer, 1946) y una síntesis de la "Carta de Atenas". En 1949 Leopoldo Carlos Artucio, docente del segundo viaje de estudiantes a Europa, observaba a su vuelta que era "exiguo el tiempo dedicado a ver (...) aspectos arquitectónicos y urbanísticos de la vida moderna" (p. 60), lo que puede ser un diagnóstico implícito de lo fuertemente académica que seguía siendo la enseñanza, a pesar de todo lo que hemos mostrado y de los cambios que se anunciaban. Del mismo

signo es el intento de Fernando García Esteban y Hinko (Enrique) Pserhof, también en 1949, de realizar una edición local, con traducción propia, de escritos de Adolf Loos,<sup>5</sup> con un también significativo informe negativo de Artucio, en nombre de la Comisión de Biblioteca, y otro positivo, pero finamente sarcástico, de Mauricio Cravotto.

Por último, en el revolucionario plan de estudios de 1952, se redujo el espacio para el proyecto y el arte, al mismo tiempo que se aumentó desproporcionadamente el lugar para la teoría de la arquitectura y, sobre todo, del urbanismo, y también para la historia. En todas estas materias se pasó de dos a cinco cursos, tratando de generar un paralelismo didáctico que la realidad terminaría por licuar. Haciendo un análisis más detallado, el plan de 1952 supuso un verdadero ataque al proyecto como eje rector de la disciplina. Es muy explícito el desplazamiento de la arquitectura hacia el urbanismo como principio. El Instituto de Urbanismo (IU) pasa –antes del cambio de plan, con Juan Antonio Scasso ejerciendo su dirección– a nombrarse Instituto de Teoría de la Arquitectura y el Urbanismo (ITU, donde justamente desaparece de la sigla la "A" de arquitectura), lo que implica una apropiación de todo el campo disciplinar por parte de lo que, hasta ese momento, había sido una sub-disciplina.

El debate sobre los modos académicos de enseñanza y el cambio hacia una supuesta manera moderna de concebir la arquitectura es difícil de leer de forma lineal. Arquitectos modernos defienden los modos antiguos, ya que, al fin y al cabo, los pioneros modernos locales se habían formado así, y no eran pocos. De la misma manera, arquitectos conservadores se suman al cambio didáctico, lo que generalmente se nota en aquellos más comprometidos con la causa universitaria. Carlos Gómez Gavazzo defendía "los ejemplos clásicos" y a su maestro, Carré, diez años antes, en 1943, en su tesis para un concurso de profesor de proyecto (Nudelman, 2015, p. 183). Tesis en la cual, ciertamente, adelantaba la reforma de los talleres, proponiendo el taller integral y vertical. Artucio, redactor del plan

de 1952, igual que Gómez, actuaba desde su rol de profesor de historia, mirando los cambios con optimismo prudente. Octavio de los Campos, arquitecto considerado en la vanguardia de la modernidad, coautor del icónico Edificio Centenario en la ciudad vieja de Montevideo, en 1930, renunciaría en defensa de los cursos de Composición Decorativa y de las bondades del plan anterior; sobre todo, del intenso entrenamiento proyectual que, con el nuevo plan, se reducía drásticamente. Aurelio Lucchini, en ese entonces director del Instituto de Historia de la Arquitectura, asumió como decano en 1953 y fue la pieza clave para llevar adelante el plan con éxito; su arquitectura, hasta ahora desconocida,<sup>6</sup> se mantuvo siempre apegada a los modos clásicos.

No obstante, los cambios que se impusieron en 1952 afectaron radicalmente la enseñanza proyectual. En primer lugar, el urbanismo, presente desde el plan inaugural de la nueva facultad en 1916, como una novedad promisorio, se proyecta como el núcleo de la nueva arquitectura. De ser una ampliación de la visión arquitectónica en los principios, se convirtió en el fundamento de una arquitectura que se pensaría desde la ciudad y el planeamiento, pero no, desde una ciudad física, hecha de objetos arquitectónicos, sino desde una cosa pública intangible, cuyas esencias son económicas y sociales. Al integrar los cursos de urbanismo al taller de arquitectura, se pretendía imponer el principio rector de esa disciplina, haciendo del proyecto y la construcción de arquitectura un oficio subsidiario de los primeros. En los nuevos talleres, la visión integralista llevaba el lápiz desde los análisis y proyectos urbanísticos al diseño de las más mínimas expresiones espaciales, fundamentalmente, claro, la vivienda mínima, e incluso el equipamiento esencial. Esto no era una novedad en el campo internacional, pero debe ser anotado por la disciplina con la que fue implementado, marcando a la Facultad de Arquitectura por décadas.



Figura 2. Edificio "Centenario". Octavio De los Campos, Milton Puente, Hipólito Tournier. Archivo IHA.

10

Bol. Inf. ITU N°3 y nuevos exámenes (3) - modificaciones del programa de Plan del 52. - agosto 52 - en 1952. -

### ORGANIZACION Y AGRUPAMIENTO DE LOS CURSOS, POR INSTITUTOS

(BOL. INF. N°3)

		Cultura		Composición		Técnica		
		H	ITU	E	T	C		
Ciclo orientado	1er año	h <sub>1</sub>	T <sub>1</sub>	EP	T <sub>1</sub>	C <sub>1</sub>	ES <sub>1</sub>	M
	2do año	h <sub>2</sub>			T <sub>2</sub>	C <sub>2</sub>	ES <sub>2</sub>	
	3er año	h <sub>3</sub>	T <sub>3</sub>		P <sub>3</sub>	C <sub>3</sub>	ES <sub>3</sub>	
	4to año	h <sub>4</sub>	S <sub>1</sub>		P <sub>4</sub>	C <sub>4</sub>	ES <sub>4</sub>	
	5to año	S	T <sub>5</sub>		P <sub>5</sub>	C <sub>5</sub>		

I - Instituto de Historia de la Arquitectura. - H - historia de la arquitectura.  
 ITU - Instituto de Teoría de la Arquitectura y Urbanismo. - T - Teoría de la Arquitectura.  
 A - Arquitectura legal, económica y sociología.  
 E - Instituto de Escultura y Artes Plásticas. - EP - Expresión plástica.  
 T - Talleres de Arquitectura. - P - Proyectos de Arquitectura.  
 C - Instituto de la Construcción y Edificación. - C - Construcción. - ES - Estabilidad de las construcciones. - M - Matemáticas.

Figura 3. Organización de los cursos en dependencia de los Institutos, una de las modificaciones del Plan del 52. Archivo IHA.

En síntesis, no solo se redujo drásticamente el tiempo de entrenamiento proyectual, también se modificó el principio, la esencia misma de la "actividad arquitectura". De aquí en más, durante veinte años, se jugó con las reglas de la grille CIAM, sostenida por el lecorbusiano Carlos Gómez Gavazzo, el Instituto de Teoría de la Arquitectura y el Urbanismo, y varios talleres. En esto no hubo unanimidad, sino apego a las reglas. Hubo resistencia de grupos docentes que, o habían crecido con la vieja escuela, como Mario Payssé Reyes, o se formarían con las novedades críticas que aparecieron desde Italia, España o Inglaterra

en los cincuenta. El episodio del intento de reforma del plan en 1964, ya analizado por Mary Méndez (Mazzini y Méndez, 2011), es revelador de las discusiones sobre esta, no menor, cuestión de la esencia de la disciplina, y las consecuencias sobre el oficio.

En 1958 aparece el primer número de la *Revista de la Facultad de Arquitectura*. No se hace allí mención alguna, ni siquiera en la editorial de Leopoldo Carlos Artucio, de su antecesora, los *Anales de la Facultad de Arquitectura*, cuyo último número, el trece, databa de 1951. El número inaugural marca sin duda una tendencia clara. Dos artículos de derecho,



dos de planificación, dos sobre arte, otros dos, político-sociológicos, un artículo sobre “cerámica armada” firmado por el Instituto de la Construcción, otro del Instituto de Historia de la Arquitectura, “Noticias bibliográficas”, y “Noticias de facultad”. Entre estas últimas encontramos, firmada por A. L. (el decano Lucchini) una nota titulada “Organización de practicantado”. Dice el decano:

Tradicionalmente la enseñanza de la Arquitectura se caracterizó entre nosotros por su ineficacia para formar profesionales con conocimientos prácticos. Ello se originaba, en el carácter discursivo que tomaba la enseñanza de materias que por su naturaleza debían ser eminentemente clínicos: Procedimientos de Construcción; Materiales de Construcción y Ensayo y Acondicionamiento Físico de los Edificios y por el contrasentido que significaba la existencia de un curso teórico de Práctica Profesional. (p. 79)

Con las correcciones finalmente anunciadas –practicantado, y otras, cuya descripción nos desviaría del argumento– se reconduciría la enseñanza de la arquitectura hacia esa ansiada meta, la de ser una técnica al servicio de la sociedad.

Dos ausencias llaman la atención en este primer número. Por un lado, no se hace mención alguna a la Ley Orgánica de la Universidad, publicada en octubre de ese mismo año. Este fue uno de los hechos más trascendentes de la política universitaria uruguaya del siglo XX, y la ausencia en la revista puede ser achacable a razones circunstanciales. Pero quizás la desaparición más significativa de este número es la de la propia arquitectura. Salvo en el artículo histórico, sobre el conventillo de Lafone –que es bastante intrascendente– ninguna obra de arquitectura, ni de estudiantes ni de profesionales, ni de nacionales ni de extranjeros, ningún proyecto arquitectónico aparece en este primer número de la revista. Lo que se había convertido en tradición en *Anales*, la publicación de los mejores proyectos escolares, no aparece

en este caso. Volverán más adelante, pero ¿toda la arquitectura se agotaba en los dos artículos sobre planificación o en los aspectos técnicos de la “cerámica armada”? O, más bien ¿deberíamos sobreentender un enfático mensaje inaugural? La arquitectura ya no es más aquello que todos daban por sentado que era, ni siquiera el proyecto de ciudades o arquitectura paisajística. La arquitectura se diluye en la acción social, en la estadística, en la política. Entre estas y la materia, solo hace falta la técnica.

Con un Instituto de la Construcción de Edificios que se estaba desarrollando con energía bajo la dirección renovada de jóvenes como Hugo Rodríguez Juanotena o Felicia Gilboa, los problemas planteados por los estudiantes en 1930 parecían superados. Urbanismo, técnica, teoría, sociología y política, definitivamente, se convierten en los componentes de la más ajustada aproximación a una “ciencia arquitectónica”. Esto se hace más claro, con la lectura de otros fragmentos del editorial de Artucio:

Asignamos a la Arquitectura un papel fundamental en la reestructuración del mundo actual. Bajo su forma más extensa de actividad urbanística y de planificación física del territorio, es hoy un capítulo básico de cualquier movimiento cultural ...

Un sistema complejísimo de interinfluencias entre el medio y el hombre, cuyo análisis debe ser el tema central de una Facultad de Arquitectura... (1958, p. 1)

Recientemente ha habido investigaciones en el panorama americano que, haciendo foco en el “desarrollismo” y en la política de atención norteamericana al “patio trasero”, han ido develando el carácter estratégico de estas tendencias; citarlas sería un trabajo muy tedioso y nos distrae. La Facultad de Arquitectura uruguaya no fue ajena a estas circunstancias. Una mirada más incisiva podría mostrar, y hay documentación disponible al respecto, la lucha por el espacio ideológico del “progreso” desde posiciones políticas enfrentadas.

En la construcción de la nueva facultad, con el nuevo plan, las contradicciones afloran desde el primer día de 1953. Quizás lo más evidente –visto hoy– es la incompatibilidad de esa modernidad del plan con el instrumento elegido para llevarlo a cabo, el taller vertical. Acordemos que por “modernidad” entendemos la asociación de la nueva disciplina con las nociones de “ciencia”, “especialización”, “mecanización”, “herramienta” y otros afines.

El taller, tal como hoy lo conocemos, fue concebido por Gómez Gavazzo para desarrollar la enseñanza de la arquitectura (y subsidiariamente los proyectos urbanos) en 1943, como una disciplina poco disciplinada, artística, a-escalar, integralista. Pero diez años después, la arquitectura se disuelve en el urbanismo como culminación superior de la construcción del ambiente y la organización espacial de la sociedad. Es así que el plan prevé el control superior del Instituto de Teoría de la Arquitectura y el Urbanismo (ITU), dirigido por el mismo Gómez Gavazzo.

Sin embargo, como se anotó antes, esta estructura mostraría sus flancos débiles tempranamente. Apenas inaugurado el sistema, se vio que podía resultar un espacio de trabajo para cualquier didáctica o tendencia, con o sin la rectoría del ITU. Los talleres montevideanos, fortalecidos en su autonomía, se dividieron en los talleres “de arriba” y los talleres “de abajo”, mote con los que se identificaron a aquellos más consecuentes con el plan y la primacía de la planificación, por un lado, y los talleres disidentes por el otro (por reacción o actualización teórica); en palabras de hoy, “radicales” y “conservadores”. Esto muestra no solo las diferencias de concepto (que son más sustanciales, aspecto que aún no ha sido investigado en profundidad), sino también el enorme potencial autárquico de estos organismos. Bien mirado, el taller vertical permite y potencia las diferentes construcciones teóricas o ideológicas –como se ha dado en simplificarlo recientemente–, y, en un plano más pragmático, los parámetros de valor, o sea, qué está bien y qué está mal. La consecuencia de esta libertad (teórica) es que los talleres definen con total autonomía,

sin necesidad de homologación, las notas de cada uno de sus estudiantes. En el sistema anterior los “temas” de proyecto eran únicos para todos los talleres y las calificaciones se homologaban por un tribunal que revisaba cada proyecto, en la mejor tradición *beaux-arts* (Nudelman, 2015).

El plan de 1952 siembra la semilla de su propia crisis, cuando concentra todas las actividades de síntesis –proyecto de arquitectura y urbanismo– en los talleres verticales. Gómez Gavazzo, apostando a mantener el comando en el ITU, generaba confianza en los sectores más políticamente comprometidos; y una vez debilitado este frente, permanecería una poderosa estructura federativa a disposición de cualquier idea o concepto o tendencia. La independencia ideológica llegó, incluso, a formalizarse en la letra en los años posteriores a la dictadura.

### Una década oscura, y vuelta a empezar

El corte que supuso la intervención de la universidad en 1973 clausura la evolución y los debates disciplinares que ya se adivinaban, a pesar de la enorme contaminación política. Un estudio sobre la arquitectura y la enseñanza de la arquitectura durante la última dictadura está pendiente, aunque ya hay investigadores que se atreven a explorarla. Un posible signo de esos tiempos fue el intento de concentrar todos los proyectos finales en un “taller de carpeta” autónomo, independiente de los talleres tradicionales, con el objeto de emparejar o enrasar a los futuros profesionales, una vez fuera de la facultad. El retorno de la “carpeta” a los talleres de “anteproyecto y proyecto de arquitectura” termina por ser interpretado como una reivindicación política antidictatorial, y es sellada ideológicamente.

Cuando vuelve la libertad, en 1985, los principios derivados del urbanismo CIAM que daban base al plan 52 ya no eran, ni lejanamente, la referencia a seguir, aunque hubo grupos que todavía lo añoraban. Simplificando el debate, la disciplina urbanística que se planteó con la vuelta de la democracia admitía también la obsolescencia relativa de los sociologismos

que le siguieron, oscilando para entonces entre un resistido neorracionalismo italiano y sus versiones españolas, francesas, etc., y un “participacionismo” –sociologista, al fin de cuentas– que termina por demoler la disciplina urbanística (o las versiones de), ya minada. Pronto se transitaría al urbanismo estratégico o táctico, panacea de una *realpolitik* que huye despavorida, vanamente, de las ideologías, y donde el valor de la propuesta subyace en la calidad del proyecto de impacto. Otra vez, por tanto, el péndulo se inclina hacia el acto de proyectar. Las más recientes declaraciones neoliberales, aparentemente asumidas desde el primer número del órgano oficial de la Facultad de Arquitectura en su segunda época –“el planeamiento urbano es prescindible” (Betsky, 2012)– coinciden en apostar por la reducción de la planificación y el urbanismo en los planes de estudio y de las actividades de investigación, y respaldan un pragmatismo de *marketing* que hace inútil cualquier teoría o desarrollo de una disciplina. Los ataques a los espacios de investigación en urbanismo no han cesado desde el último cambio de plan de estudios, en 2015.

De la misma manera que sucedió con el Instituto de Urbanismo, se quebraron los vínculos funcionales de los talleres con el Instituto de la Construcción de Edificios (ICE, después simplemente IC, hoy Instituto de las Tecnologías del Diseño). Los asesores técnicos del hoy llamado Trabajo Final de Carrera (la vieja “carpeta”) han sido desde los años 90 paulatinamente reclutados exteriormente, dejando al margen a los docentes de las asignaturas y al Instituto, lo que significa en los hechos un desprendimiento funcional, pero también una desautorización disciplinar donde lo académico es sustituido por lo profesional. En el taller se instaura una autonomía, no solo de proyecto, sino también en lo tecnológico, en lo teórico, y, obviamente, en lo urbanístico. En aras de la autonomía ideológica, el taller como institución desplaza la razón de ser de toda la didáctica “periférica”, o sea, de todo lo que se enseña tradicionalmente, en un aula con un pizarrón. Esto no es una novedad, en los años sesenta la presión de los talleres

desterró cuatro de las cinco teorías de la arquitectura que impusiera la *grille* de 1952. La discusión sobre la pertinencia de la teoría de la arquitectura se reeditó con bastante ruido en los ochenta, y se discute arduamente cada vez que los planes de estudio se revisan. En el marco de una reestructuración académica que ya era imprescindible, la FADU decidió en 2019 que la teoría de la arquitectura –sea como fuere que eso pueda definirse– no existe como materia autónoma, sino en el contexto del proyecto. El dibujo y la geometría, como disciplinas básicas, se funden hoy en los cursos iniciales del taller; allí se aprende a dibujar mientras se proyecta (los docentes de dibujo se suman a los equipos de proyecto, al menos por ahora). Otro tanto sucedió con el “seminario interáreas” (una materia de media carrera que debía ser multidisciplinar y sintética) del plan 2002: fue absorbido por los talleres cuando se verificó su anunciada ineficacia. El plan del 2015 reserva algunas asignaturas específicas a temas “transversales”: vivienda, patrimonio, obra, sustentabilidad, representación.<sup>7</sup> Se perciben círculos viciosos en el sistema; la transversalidad, de hecho, se superpone a la disciplina proyectual, como su espejo, aunque no suficientemente crítico: ¿cómo podría?

¿Cuáles serán, entonces, las enseñanzas para el arquitecto, los urbanistas, los diseñadores, de esta época de globalización económica?

¿Cuál debería ser la enseñanza en un panorama económico pautado, además, por la creciente monopolización profesional, y las tecnologías digitales de diseño?

¿Sería este el marco productivo en el que pensaban los profesionales egresados al comienzo del milenio, cuando reclamaban una formación “generalista”, sin especialidades que les generara competencia en el mercado de trabajo?

¿Existe acaso un programa político que respalde la tendencia hacia la desaparición, finalmente, de la arquitectura y el urbanismo como proyectos ideológicos caducos, sin siquiera función de representatividad (y a quienes se auto-re-bautizan como “operadores”, porque ser arquitecto, definitivamente, es anticuado)?

### Proyecto, ¿nueva episteme?

En los años recientes puede verse cómo se ha recuperado el proyecto como centro epistémico de una disciplina que, irremediabilmente, cíclicamente, vuelve a fragmentarse. No deja de ser contradictorio que, en el mismo proceso que reafirma la delimitación de las disciplinas alojadas en la nueva Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, se producen los empujes hacia una “teoría general” del proyecto que abarcaría todas las escalas, enunciada como “pensamiento proyectual”. Esta nueva *episteme*, lejos de delimitarse pragmáticamente, se construye como una auténtica –nueva– ideología, apoyada en el uso indiscriminado de neologismos, que hacen que toda pretensión de construirse como teoría se convierta en un gesto repetidamente efímero.

Analicemos antes los fundamentos del movimiento proyectista. Un estudio serio en esa dirección –la identidad proyecto/arquitectura– es la interesante tesis de doctorado de Alina del Castillo presentada en la Universidad de San Pablo en el año 2017, que nos aporta elementos para la discusión. En el resumen publicado en la web de la FADU puede leerse: “El proyecto constituye el núcleo epistémico de la arquitectura”. La aseveración es fuerte y sin duda la tesis desarrolla los argumentos que la sustentan. Funciona en efecto, a su vez, como base de una reafirmación disciplinar, ya que se apoya en la experiencia del Diploma de Especialización en Investigación Proyectual. Del Castillo describe y analiza minuciosamente cada entrega de los estudiantes del programa I+P y otros trabajos de seminarios y ejercicios proyectuales a escala urbana, convirtiéndose así, o podríamos decir, proponiéndose así, como su vehículo teórico: “A partir del estudio del modo de pensamiento y los recursos cognitivos desplegados en el proceso de proyecto, se identifica su potencial para la producción de conocimientos sobre los problemas de la arquitectura y de las adecuaciones del hábitat en general” (del Castillo, 2017).

Estas últimas palabras tienen importancia crucial para entender la tendencia a asumir

el proyecto no solo como esencia de la arquitectura, cosa que discutimos, sino como la esencia de todo acto de diseño, en cualquier escala. Debe anotarse que la autora no ha analizado trabajos de urbanismo hechos desde la disciplina urbanística, sino trabajos de urbanismo hechos desde el proyecto como herramienta, habituales hoy en los cursos superiores de los talleres. Las tesis de la Maestría en Ordenamiento Territorial y Desarrollo Urbano hubiesen sido un buen material para contrastar el análisis, ya que podrían ser considerados “no-proyectos”. Lo mismo podría hacerse con trabajos hechos desde otras especialidades.

Algunas definiciones pueden mostrar los límites de su hipótesis: “Defendemos también que a pesquisa em projeto responde genericamente à modalidade da reflexão sobre as práticas. Nessa modalidade, a teoria se segue à prática, a experiência opera como desencadeante da produção teórica” (2017). O también: “Uma característica geral da pesquisa em projeto é, como defende Rosas Vera, a utilização da representação como método ou, mais precisamente, a produção de artefatos não textuais: desenhos, modelos e cenários gráficos” (2017, p. 164). Estos recursos –diagramística y representación– se suman a una tendencia al “neologicismo metafórico” (o “metonimicista”, para complicarlo un poco más), si se me permite improvisar una reflexión lateral, inspiradas en la línea editorial de ACTAR, y sus inevitables diccionarios, o la “brújula política” de Zaera Polo, un ejemplo ciertamente redondo para entender el sistema, en el cual se fusionan categorías de identidad mínima con un método presuntamente automático de selección y orden autogestionado. Estas estrategias parecen estar borrando, en su sofisticación creciente, la capacidad del propio proyecto de profundizar en sus aspectos indagatorios – como afirma Sato, más adelante –, al tiempo que evaden la crítica hecha desde las teorías y la historia, duras categorías de ardua comprensión y procesamiento lento.

Por tanto, funden experiencia y exposición de esa experiencia, el método y el resultado,

transformándose en una suerte de crisol en el que convergen, aleándose, fundiéndose, todos los aspectos –tecnológicos, críticos, semánticos, históricos, morfológicos, proyectuales, metodológicos– de la arquitectura, o más bien, de todo el “hábitat en general” (¿acaso es la *Gesamtkunstwerk* que asoma, otra vez?).

Sobre esta cuestión del proyecto como investigación, Alberto Sato Kotani trata de precisar los límites:

La tarea del pensar de la arquitectura tiene como resultado “el proyecto”, sin negar el conocimiento que se produce en ella y aclarando que los proyectos también “problematizan”. Sin embargo, cabe una digresión (...): el conocimiento de la arquitectura reside en su propia experiencia, por lo tanto su fuerza “demostrativa y probatoria” se aloja en su historia. (2015, p. 75)

La experiencia de la arquitectura, acaso el aprendizaje del proyecto, en la facultad uruguaya, ¿consiste en su única experiencia? ¿Debería consistir en su única experiencia?

### Entonces, ¿la enseñanza de qué arquitectura?

En 1982 José Quetglas escribió un texto dirigido a Carlos Martí Arís, la “Carta a Carlos”, precedida de una parábola de Robert Musil, “El papel antimoscas”, que en su versión original mostraba en la carátula, escépticamente, una carta a los Reyes Magos.

La “Carta...” estuvo motivada por un Seminario organizado por Martí Arís, profesor de proyectos, en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona (ETSAB) y evidenciaba, indudablemente, una cierta insatisfacción sobre la didáctica proyectual en aquel momento. Debe agregarse que la ETSAB de Oriol Bohigas ya había adoptado pocos años antes un plan de estudios que reconocía ramas y especializaciones. Diferenciaba claramente la arquitectura de la urbanística, restringiendo la primera a su acepción más clásica, y desarrollando la segunda en el

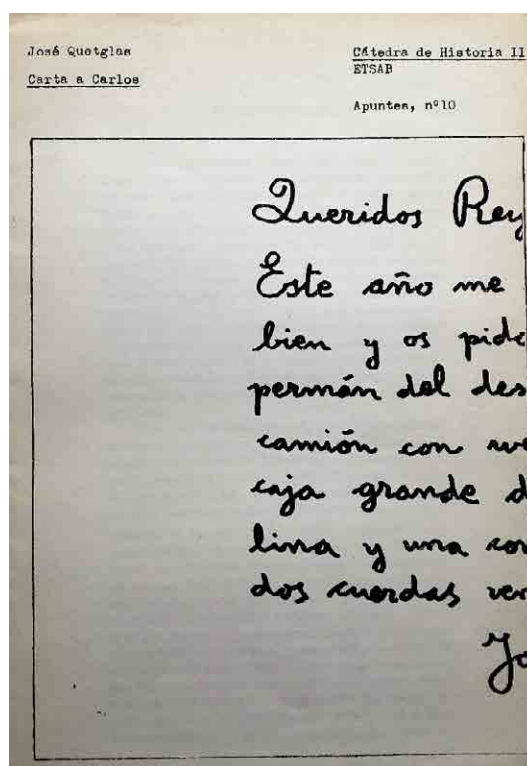


Figura 4. Carátula de la “Carta a Carlos”, de José Quetglas, publicada en formato de fotocopia por la Cátedra de Historia II de la ETSAB.

Laboratorio de Urbanismo de Barcelona, una institución con prestigio propio. Por tanto, téngase en cuenta que cuando Pep Quetglas habla de arquitectura es en el sentido tradicional y muy restringido del término.

Quetglas propone pensar cuatro cuestiones: en primer lugar, si enseñar y aprender a proyectar son parte de un mismo proceso. La primera respuesta es negativa, “aprender” dice Quetglas, “será algo radicalmente individual, de marcha implanficable, discontinua, autobiográfica...”; “enseñar, por el contrario, debe configurarse como un sistema estratégicamente (... pedagógicamente) ordenado, tan razonable como embaucador...” (Quetglas, s/d).

En segundo lugar, reflexiona sobre si enseñar y aprender a proyectar es lo mismo que enseñar y aprender arquitectura. Para esto, recurre a

Kahn y a Le Corbusier: ¡segunda respuesta negativa! Agrega Quetglas: “saber proyectar puede ser una entre las diversas capacidades que ayudan a hacer arquitectura, no menos importante que saber calcular una estructura, o saber construir, escribir o mirar” (Quetglas, s/d). Es interesante verificar cómo Quetglas coincide con algunos conceptos del libro que marcó el comienzo de una historización de la cuestión proyectual en Uruguay, tardíamente en 2006 –nos referimos a aquel suscrito por Apolo, Alemán y Kelbauskas–, en el que leemos: “Se asume que la enseñanza del proyecto se funda sobre ciertos modos de concebir la materia de estudio, ya sea en el nivel más general de la arquitectura o en el más restrictivo del proyecto” (p. 28); (¿cómo hemos llegado del nivel “restrictivo del proyecto” al “núcleo epistémico de la arquitectura”?).

En tercer lugar, se pregunta cómo se aprende a proyectar y cómo se enseña a proyectar, de lo que apuntamos solo una tautología que converge con nuestro punto de vista: “A proyectar se aprende proyectando” (Quetglas, s/d). Pero, agrega provocativamente: enseñar es una actividad específica, que podría hacerse del mismo modo que se hace en estructuras o en teoría, desde el pizarrón.

En torno a la cuarta cuestión, el sustrato crítico, incluso irónico del texto de Quetglas, no sería necesario que lo denunciáramos, se revela solo: “¿Cuál puede ser la actividad vertebradora en una Escuela de Arquitectura que cuenta con varios cientos de profesores de proyectos?” (Quetglas, s/d). No hay respuesta, pero la pregunta ya implica una dirección de su pensamiento. La cantidad se transforma en calidad.

Aun así, deja claro, en la lejanía geográfica y temporal, que las cuestiones que Alina del Castillo anuncia como sujeto de “polémicas y controversias”, ya lo habían sido en los tiempos de la transición española. Sin pretender hacer historia de largo recorrido, no está de más puntualizar, como también hace Del Castillo, que lo fueron desde los albores de la cultura del capitalismo –es decir, de la modernidad– en la que el trabajo intelectual

se desprende de la industria. He aquí una de las claves en el tema de la enseñanza del proyecto (arquitectónico, no olvidemos): ese desgarramiento de lo intelectual y lo manufacturado que se resiste en el acto de su aprendizaje y que, finalmente, encuentra consuelo en el arte de la representación y las metáforas.

### Notas

<sup>1</sup> Entre mayo de 1930 y octubre de 1931 Lussich publicó ocho artículos sobre la enseñanza en la facultad: los tres primeros se titulan “La Facultad”; el cuarto y el quinto, “El régimen de semestres”; el sexto “Los períodos de exámenes”; el séptimo es el citado “Proyecto de Plan de estudios”, y el octavo no lleva título.

<sup>2</sup> Como puede constatarse en las *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura*. Sesión N° 108, 5 de marzo de 1934, página 16. También en la Sesión N° 109, 10 de marzo de 1934, página 21. La discusión reaparece después ocasionalmente.

<sup>3</sup> Ver las pesimistas declaraciones de Elio García Austt que ilustran la indiferencia de profesores y profesionales frente al atentado a la autonomía.

<sup>4</sup> De acuerdo con lo que puede leerse en las *Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura* (pp. 100-102). Sesión extraordinaria, 11 de marzo de 1935.

<sup>5</sup> De H. Pserhof a Américo Ricaldoni, decano, *Trabajos literarios del Arq. Adolfo Loos*, 7 de julio de 1949, e informes sucesivos de Mauricio Cravotto y Leopoldo Carlos Artucio, ambos fechados el 19 de julio. IHA. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-j, Carpeta 2.

<sup>6</sup> El archivo profesional de Aurelio Lucchini fue donado por su familia a principios del año 2018 al Centro Documental del Instituto de Historia de la Arquitectura de la FADU-UDELAR.

<sup>7</sup> Las unidades curriculares transversales de la Carrera de Arquitectura pueden encontrarse en la siguiente página: <http://www.fadu.edu.uy/grado/espacios-transversales-2/>

## Referencias

- Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura (1935, 11 de marzo). Sesión extraordinaria, 100-102. Instituto de Historia de la Arquitectura. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR.
- Actas del Consejo de la Facultad de Arquitectura (1934, 5 y 10 de marzo). Sesiones N° 108 y N° 109, 16 y 21. Instituto de Historia de la Arquitectura. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR.
- Apolo, J., Alemán, L. y Kelbauskas, P. (2006). *Talleres, trazos y señas. Algunos recorridos cronológicos a través del disperso mundo de las ideas implicadas en la enseñanza del Proyecto*. Montevideo: Universidad de la República.
- Artucio, L. C. (1949, 19 de julio). Informe. Instituto de Historia de la Arquitectura. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-j, Carpeta 2.
- Artucio, L. C. (1949, diciembre). Informe del profesor Arq. Leopoldo C. Artucio sobre los procesos y resultados de ese viaje a Europa. *Anales de la Facultad de Arquitectura* (12), 60-72.
- Artucio, L. C. (1958). Editorial. *Revista de la Facultad de Arquitectura* (1), 1-2.
- Bauzá, J. (1944, 6 de marzo). Informe. Instituto de Historia de la Arquitectura. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección C-a, Carpeta 3.
- Betsky, A. (2012). ¿El urbanismo ha llegado a su fin? *Revista de la Facultad de Arquitectura* (R) (10), 135-147.
- Copetti, M. (1949). *Nuestros ingenieros*. Montevideo: Asociación de ingenieros del Uruguay.
- Cravotto, M. (1949, 19 de julio). Informe. Instituto de Historia de la Arquitectura. Archivo Administrativo FARQ-UdelaR. Sección E-j, Carpeta 2.
- del Castillo, A. (2017, 25 de julio). O papel do projeto na pesquisa acadêmica em arquitetura. Reflexões a partir das práticas. Recuperado del Servicio de Enseñanza de Posgrado y Educación Permanente: [http://www.fadu.edu.uy/sepep/autor/del-castillo-pintos-alina-isabel/?silverghyll\\_tpicker=autores%3Ddel-castillo-pintos-alina-isabel](http://www.fadu.edu.uy/sepep/autor/del-castillo-pintos-alina-isabel/?silverghyll_tpicker=autores%3Ddel-castillo-pintos-alina-isabel)
- Le Corbusier (1937). *Cuando las catedrales eran blancas* (Viaje al país de los tímidos) (1977 ed.). (Trad. J. Payró). Buenos Aires: Poseidón.
- Lucchini, A. (1958). Organización de Practicantado. *Revista de la Facultad de Arquitectura* (1), 79.
- Lussich, C. (1931, agosto). VII Proyecto de Plan de estudios. *Arquitectura* (165), 186-191.
- Lussich, C. (1934, julio). Señor director de C. E. D. A. CEDA, (6), 33.
- Mazzini, E. y Méndez, M. (2011). *Polémicas de Arquitectura en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Departamento de Publicaciones- Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR).
- Medero, S. y Nudelman, J. (2019, abril). Joseph Paul Carré y la arquitectura moderna. Congreso Internacional Beaux-Arts. *Arquitectura en América Latina (1870-1930)*. Transferencias, intercambios y perspectivas transnacionales. La Plata. Recuperado de: <http://ocs.congresos.unlp.edu.ar/index.php/CBA/1CBA/paper/view/4310>
- Meyer, H. (1946). La formación del arquitecto. *CEDA* (17), 39-42.
- Nudelman, J. (2015). El efecto 1952. *Vitruvia*, (2), 15-31.
- Odone, J. y Paris, B. (1971). *La universidad uruguaya del militarismo a la crisis. 1885-1958* (Vol. 1). Montevideo: Universidad de la República.
- Petit, C., Bustillo, G., Méndez, M. y Nudelman, J. (2015). La facultad de arquitectura en Montevideo-Uruguay. *Revista de la Facultad de Arquitectura*, (13), 24-37.
- Quetglas, J. (s/d). Carta a Carlos. *Apuntes* (10).
- Sato Kotani, E. (2015). *Cara y Sello*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.

Scheps, G. (2008). 17 registros. Facultad de Ingeniería de Julio Vilamajó. Montevideo: Facultad de Arquitectura. Universidad de la República.

**20**

### **Jorge Nudelman**

Doctor arquitecto. Profesor titular. Grupo de investigación CSIC N° 1082, "Arquitectura y producción", a cargo de las unidades curriculares "Iniciación a la Arquitectura. Proyectos, técnicas, teorías" e "Historia II (Nudelman)". Instituto de Historia de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de la República. Bulevar Artigas 1031, Montevideo 11200, Uruguay.

*jnudelma@farq.edu.uy*